

De fármacos, drogas y venenos. Acónito. Ababol.

Julio Loras Zaera

Mi intención con este artículo es ilustrar, recurriendo al apoyo de dos plantas de nuestra tierra, una muy común y otra rara, las relaciones entre los tres conceptos del título desde el punto de vista del biólogo y del farmacólogo, que se preocupan de conocer hechos naturales y no por consideraciones más prácticas, como hacen el médico, el juez o el policía.

De las dos plantas pueden extraerse fármacos, es decir, sustancias que penetrando en el cuerpo producen cambios que pueden ser beneficiosos, perjudiciales o ambas cosas a la vez. Ambos fármacos son drogas, puesto que actúan sobre el cerebro produciendo alteraciones en la conciencia, en el ánimo o en la percepción.

Una de esas drogas podría ser adictiva, como lo es, y bastante, la codeína de los jarabes para la tos, de la que es un pariente. Pero la *adictividad* de una droga depende de la dosis y de la duración de su administración continuada: no se conocen adictos al jarabe de la tos. Y, desde luego, no parece un veneno: durante siglos se ha administrado a los niños. La otra es un veneno muy potente: su dosis letal es solo ligeramente superior a su dosis activa.

Entrando en materia, empezaré por la planta rara. Es una especie de **acónito**, (el *Aconitum pyrenaicum* ssp. *Lamarkii*), una hierba robusta, de hojas dispersas y palmeadas, con raíz fibrosa, no tuberosa como en el *aconitum napellus*. Produce una inflorescencia larga, simple, ramificada. Su flor, amarilla, tiene cinco sépalos petaloides y varios pétalos pequeños y desiguales. El sépalo superior forma un yelmo cilíndrico mucho más alto que ancho y contiene tres folículos con néctar a donde acuden a buscar alimento abejas y abejorros, tocando repetidamente, al entrar y al salir, los numerosos estambres, asegurando así la polinización.

Se da en herbazales de porte alto y comunidades similares, en el piso subalpino, pero también, pero también penetra en el alpino y en el montano. (Hay unas cuantas en la *Fuente del Mosquito*)



Esta planta contiene en todas sus partes el alcaloide aconitina, en gran cantidad. "La aconitina, dice Starkenstein, citado por Font Quer, es el más tóxico de los alcaloides, y en relación con su dosis letal, es el veneno más activo. Es verdad, prosigue, que con el ácido cianhídrico o la nicotina la intoxicación empieza a manifestarse con más rapidez, pero la dosis tóxica de estos venenos es la misma que la del arsénico, de unos 60 miligramos". En cambio, según el mismo autor, basta un miligramo de aconitina para producir graves manifestaciones tóxicas, y la dosis de 3 ó 4 mg es mortal (Font Quer, 1983)

Esta sustancia empieza por excitar el sistema nervioso central. Luego lo calma y lo va paralizando. Tomada por vía oral, produce sensación de hormigueo en la lengua; después, los nervicillos periféricos se insensibilizan. Si la cantidad absorbida es suficiente, provoca vómitos y dolor de cabeza, el rostro palidece y el pulso se vuelve más rápido y más imperceptible. Va aumentando la irritación de la mucosa nasal, con estornudos. Luego, alterado el pulso, aparece una destemplanza general y se tiene sensación de frío, con disnea y crisis repetidas de asfixia. Se pierde la sensibilidad del cuerpo y entonces, pasadas cuatro o cinco horas, perdido el conocimiento, llega la muerte por parálisis cardíaca o respiratoria.

Si la intoxicación es por vía bucal, hay que dar al intoxicado grandes dosis de carbón animal, que retiene los principios tóxicos. La depresión cardíaca o respiratoria se combate con excitantes como el cardiazol o la coramina.

La aconitina es antineurálgica (contra el dolor de nervios) y se emplea singularmente cuando se trata del trigémino o del ciático, por la vía externa. También se usa para el reumatismo y la gota, así como para la tos ferina y el asma. En el morfismo es útil para deshabituar al paciente. No debe administrarse a hipertensos, puesto que sube la tensión arterial. Dada su gran toxicidad, su uso se reserva a los médicos.

La otra planta que contiene una droga es muy corriente **el ababol** (*Papaver rhoeas*), que crece abundantemente en los campos de cereales. Puede confundirse con otras cuatro especies menos comunes, alguna de las cuales se da en nuestra zona, por lo que daré diferencias. Estas otras especies tienen flores sin un tono escarlata. La amapola macho *P. argemone* y la amapola mestiza (*P. hybridum*), a diferencia del ababol, tiene cápsulas erizadas de cerdas. Las especies (*P. dubium* y *P. Pinnatifidum*) tienen las cápsulas alargadas.



Los capullos del ababol, si aún están poco hechos, tienen los pétalos blancos ("monjas") pero enrojecen rápidamente y, cuando están a punto de reventar, se vuelven de un rojo encendido ("frailes"). En algunos sitios, niños y niñas solían jugar a "monjas y frailes", juego consistente, obviamente en adivinar el color de los pétalos en el capullo.



El ababol contiene una droga que también se encuentra en el opio –jugo de adormidera, una amapola blanca que se da silvestre en la Península, aunque no parece que lo haga por aquí- , la readina, pero no morfina. Tiene propiedades antitusígenas, por actuar como la codeína sobre el centro de la tos, y también es un narcotizante y euforizante ligero. Por eso los pétalos y las cápsulas del ababol se emplean desde muy antiguo para combatir los accesos de tos de niños y ancianos y para facilitar un sueño apacible a los niños.

Los pétalos se emplean en forma de tisana o de jarabe. Para la tisana se echa un pellizco de pétalos en una taza de agua hirviendo, se dejan un rato en infusión, y se toma cuando aún está caliente. Para el jarabe: 10 g de pétalos secos, 170 g de agua y 340 g de azúcar; con los pétalos y el agua se hace una infusión, se deja cinco minutos, se cuela y, aún caliente, se añade el azúcar. Se pueden dar a los niños una o dos cucharadas al día. Otra preparación consiste en hervir dos o tres cápsulas cinco minutos con un cuarto de litro de agua (un vaso). Los niños pueden tomar tres o cuatro cucharadas soperas al acostarse, con un poco de agua o mezcladas con leche.

Los pétalos se recolectan en las primeras horas de la mañana, después de salir el sol, cuando las flores están bien abiertas. Se secan al aire libre, lo más rápidamente posible, extendiéndose sobre un cañizo o una mesa. Toman color oscuro y pierden algo más de un 90 % en peso. Lo mismo se hace con las cápsulas, que se cogen cuando están verdes, alrededor de una semana después de haberse abierto la flor.

La idea de este artículo me vino después de leer un estupendo dossier sobre Fortanete que hay en la biblioteca de la asociación "Ontejas", donde se dice que los ababoles son venenosos. La verdad es que ni siquiera tienen mal sabor. No sé si hay mucha gente en el pueblo que crea lo del veneno, pero espero haber demostrado que es una opinión bastante original. Tal vez se deba a haber oído que contenía una droga y/o su parentesco con la adormidera, que contiene bastantes drogas, pero ningún veneno en sentido estricto.

Bibliografía

- BOLOS, O. y J. Vigó (1984). *Flora del Paísos Catalans*
ESCOHOTADO, A. (1990). *Historia de las drogas*.
FONT QUER, P. (1983), 8ª edición. Plantas medicinales. El Dioscórides renovado.